



Eduardo Milán
México D.F.

Si se tratara de hacer justicia, Gonzalo Rojas (Lebu 1917) debería ser situado al lado de poetas de la talla de Octavio Paz o de un Lenina Lima. Debería ser situado entre los maestros herederos de la vanguardia ya que, en efecto, Rojas recibe como bagaje poético teórico toda la información proveniente de la liberación prometida por Dario y que luego pasó por Vicente Huidobro y César Vallejo. Lo que recibe son los lazos fundamentales de un mestizaje, condición sine qua non para que se pueda hablar de poesía latinoamericana y, dentro de ella, fundamentalmente, la de este siglo. Cuando me refiero a una poesía del mestizaje no estoy haciendo una homologación con el mestizaje de la sangre, característico de América Latina. Hablo de un mestizaje de la forma. La poesía de Rojas es característica en este sentido. Desde un ángulo fenomenológico, vista como un paisaje, la poesía de Gonzalo Rojas es un híbrido, un híbrido de hablar. Esto último tiene, por lo menos, dos aspectos. El primero es el aspecto del híbrido especial entre la mínima del habla cotidiana y el lenguaje de la poesía de invención. No se trata, sin embargo, de una poesía esencialmente conversacional: no hay aquí un trabajo con figuras o metáforas incorporadas naturalmente en la lengua. Rojas sabotea constantemente la conversación con el recurso a la imagen o a la metáfora inventiva, esto es de creación. Entre esta oposición, por un lado casi clásica, y la creación



El viernes al mediodía el cable puso en las pantallas de los computadores y en los teléfonos una noticia urgente: Gonzalo Rojas Prizamo, galardonado con el Premio Nacional de Literatura 1992. Gonzalo Rojas nació en Lebu, provincia de Arauco, Región del Bío Bío, el 20 de Diciembre de 1917. Con este premio indudablemente se salda, en parte, una deuda porque, como heredero de la vanguardia, Rojas ha sido el que puso a bailar todas las funciones del lenguaje en el poema. Se puede, dijo Rojas, y el resultado es una de las poéticas más vivaces que interactúan por nuestra planicie lírica.

funciones: ahí están en convivencia pacífica, la función expresiva, la apelativa, la poética y la metalingüística. Esa correspondencia es feliz por su especial relación con el objeto poético: en el terreno de estos poemas todas las cosas están en pie de igualdad. Rojas es un anarquista de las cosas. No hay privilegio, incluso cuando anafóricamente el hablante repite una frase hasta que caía en los huesos o en la piel —si hay un adentro y un afuera— del lector.

El tema es el lenguaje

Respecto de esto último, el manejo que Rojas hace de la entidad lector, de ese otro virtual que nunca es ideal, es escalofriante. El recurso sintáctico que produce en sus poemas siempre toma al lector desprevenido. No importa denostado que el título de un poema avise por anticipado que allí se tocará tal o cual tema. La frase puntada por la aspiración, a veces entrecortada, a veces respiración larga, síntesis en cada nuevo corte al lector en un espacio desconocido. ¿Y ahora qué viene? En realidad con Gonzalo Rojas nunca se sabe; pero eso siempre se aprende. Para llegar a un núcleo temático hay que atravesar por una serie de avatares intermedios, ordalías por las cuales el lector debe pasar para ser aceptado en la tribu como un iniciado más. Esto me hace sospechar que la poesía de Rojas, en realidad, no tiene tema o sólo lo tiene ocasionalmente: el tema es el lenguaje, sus devenires y derivas po-

El Premio Nacional recibe a Gonzalo Rojas

de la imagen casi existencial, casi de la nada, radica la especificidad física de esta poesía: un lenguaje de cuerpo abierto desde donde escapa un alma a la velocidad de la luz.

Actitud vital

El otro aspecto de la hibridación de la poesía de Rojas está lejos de una visión nostálgica del pasado. Su relación con la tradición literaria está muy cerca de *make it new* poético, de un gesto que, por presentificación, inventa el pasado en la medida en que su empresa se propone como un acto de revitalización. De ahí que la poesía de Rojas que enfrenta con el pasado sea una correspondencia dialógica, más que un homenaje. Esto, aparte de parecer obvio, supone una diferencia capital. Vivimos en una época en que nuestra actitud frente al pasado es de tal modo

reverencial, que el recurso *ad-hoc* que encontramos para enfrentarlo es repetirlo tal cual fue o como creemos que fue, lo cual es lo mismo. Si se quiere un signo más marcante de la imbecilidad de este momento, creo que ese es uno. Por el contrario, una actitud inventiva respecto del pasado, una actitud creativa implica claramente una voluntad de transgresión, un flujo agresivo de descanonización. San Juan de la Cruz o el Arcipreste de Hita viven en los poemas de Rojas. Viven: están hablando. Esta actitud vital es, según creo, un indicador claro de uno de los grandes temas de la poesía de Rojas, del que se ha hablado poco: se trata de una poesía moral, de una ética de la poesía. A través de esta actitud de la voz puede aparecer Rimbaud: No tenemos talento, es que no tenemos talento, lo que pasa es que no te



contra muerte

tenemos talento, talento, a lo sumo/ otros voces, eso es lo que dicen: un/ controllo, un parpadeo, y ahí mismo voces. Tema: oyó voces, el loco/ que vi ayer en el Metro oyó voces.

(...) Pero somos precoces, eso sí que somos muy/ precoces, más/ que Rimbaud a nuestra edad; ¿cómo? ¿todavía más que ese hijo de madre que/ lo perdió todo en la apuesta? Viniera y/ nos viera

así todos sucios, estallados/ en nuestro díscos misero, viejos/ de inmundicia y gloria. Un/ puntapié nos dio en el hocico. (Rimbaud)

En correspondencia con el tema moral aparece inmediatamente el otro, el del amor, ya subrayado suficientemente por la crítica. Para agregar algo, habría que decir que el amor se plantea también, más allá de las imágenes desbordadas de un aparente libertinaje que representa el hablante de Rojas, como un problema moral: es el amor como ciencia, la ciencia del amor y no la refriga sensualidad del Don Juan. Las mujeres que el hablante Rojas ama en sus poemas van en progresión, van en caravana rumbo a UNO. El UNO es Dios, del mismo modo que Dios es todos.

En cuanto a la materialidad del lenguaje, la poesía de Rojas no desdén ninguna de sus

símbolos. Es un árbol que no tiene ni copa ni raíces. Hay ramas. Hay que detenerse en las ramas. Y luego, por las ramas, devenir gato, devenir Rimbaud, devenir odalisco o fenicia: una deriva interminable por las fallas —no abiertas—, del lenguaje.

Deberle algo a Gonzalo Rojas hoy en día y en la poesía latinoamericana (no sólo la chilena) es deberle no tanto a uno de nuestros grandes poetas sino a una sintaxis: a una sinaxis liberada. De los herederos de la vanguardia, Rojas ha sido el que puso a bailar todas las funciones del lenguaje en el poema. Así la expresiva, la más cotidiana, la descartada por los cultores del poema objetual. "Se puede", dijo Rojas, y el resultado fue una de las poéticas más vivaces que interactúan por nuestra planicie lírica. (Antología de aire, Fondo de Cultura Económica.)

El Premio Nacional recibe a Gonzalo Rojas [artículo] Eduardo Milán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Milán, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Premio Nacional recibe a Gonzalo Rojas [artículo] Eduardo Milán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile